

LA MUJER
POCO
PROBABLE

A



TATIANA GORANSKY

LA MUJER
POCO
PROBABLE

 Editorial El Ateneo

Goransky, Tatiana

La mujer poco probable / Tatiana Goransky. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2020.

192 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1060-7

1. Literatura Contemporánea. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

La mujer poco probable

© Tatiana Goransky, 2020

Derechos exclusivos en castellano para América del Sur y América Central

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2020

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Edición: Marina von der Pahlen

Producción: Pablo Gauna

Diseño de cubierta e interiores: Raquel Cané

ISBN 978-950-02-1060-7

1ª edición: abril de 2020

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en abril de 2020.

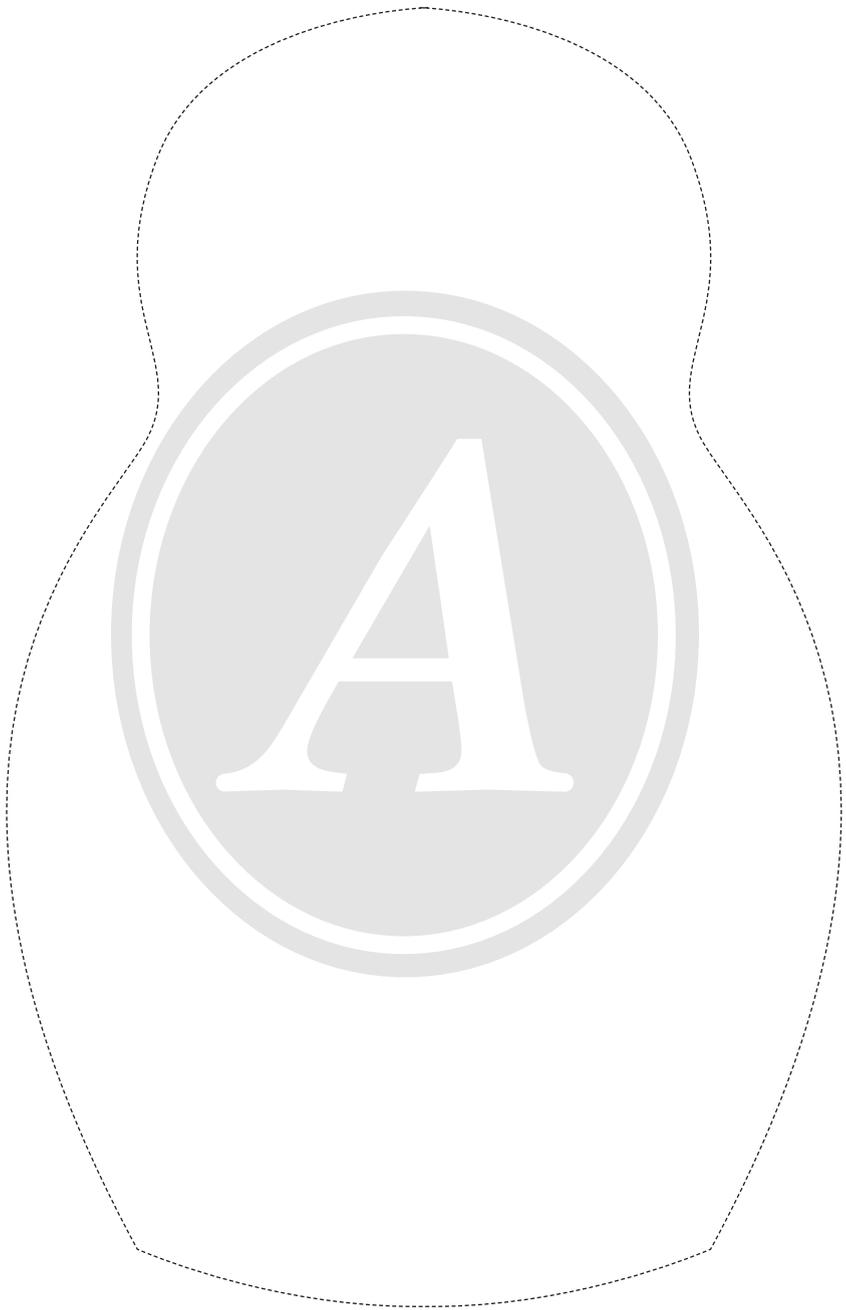
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

PARTE

1

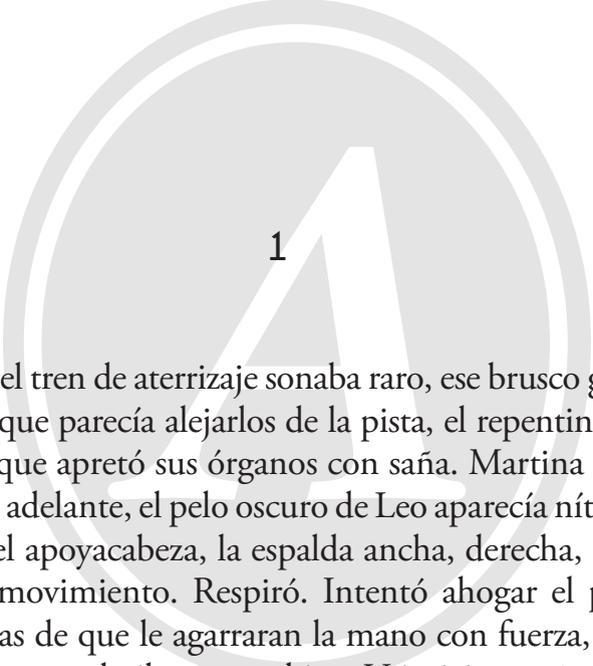
A





MARTINA





1

El ruido del tren de aterrizaje sonaba raro, ese brusco giro a la izquierda que parecía alejarlos de la pista, el repentino dolor de panza que apretó sus órganos con saña. Martina miró el asiento de adelante, el pelo oscuro de Leo aparecía nítido por encima del apoyacabeza, la espalda ancha, derecha, ningún signo de movimiento. Respiró. Intentó ahogar el pedido. Tenía ganas de que le agarraran la mano con fuerza, de que le dijeran que todo iba a estar bien. Veinticinco años juntos y lo único que esperaba era ese gesto, la mano estirada hacia atrás, un perfil amable murmurándole palabras tranquilizadoras. Se preguntó si su marido se había quedado dormido, pero ¿quién podría dormirse en esa situación? Aguantó el aire y contó hasta diez. No estaba dispuesta a pedirle nada. Había decidido que, si para cuando llegara a diez él no se giraba y estiraba la mano, moriría cada uno por su lado.

2

Debería haberlo abandonado hace años, pensó. Y sabía que no era una idea nueva o vaga, sino el recuerdo de un momento exacto, ese momento en el que todo podría haber cambiado y sin embargo no lo hizo. El baile sincopado de la vida cotidiana, las barreras impuestas por la sociedad, la mirada de su familia y amigos, la imposibilidad de animarse a ser feliz sin culpa, a no pedir perdón por la alegría, a dejarse llevar por lo único que alguna vez había sido importante: el placer. Pero hubo mucho placer. Hubo placer, pero no perdurabilidad. Se animó a bailar durante doce años, se animó a tener aquel romance de casi dos, a aceptar una nueva propuesta de casamiento. O una puesta en escena de una propuesta de casamiento. No le importó que el tono de su amante rozara la burla. ¿Había querido de verdad casarse con ella o se lo proponía sabiendo que todo iba a terminar mal? Incluso le dio un anillo que ella aceptó con la seguridad de quien ama y la inseguridad de quien intuye que está por perderlo todo. Al poco tiempo, él ya tenía otra. Se había cansado de esperarla o de vivir en esa locura de a dos. Se había cansado de tanta intensidad, tanta vida. Era un hombre que necesitaba que lo quisieran, lo cuidaran, lo halagaran, lo pusieran por delante de todo, lo acompañaran y lo dejaran en paz. De ese romance, de ese amor que tenía todo lo bueno y lo malo del amor, nació un bebé. Un bebé que ahora tenía trece años y no sabía que existía otro padre. Un adolescente que cada vez se le parecía más en rasgos y melancolía, esa profunda melancolía porteña que su marido detestaba y era una característica tan constitutiva de su ex amante.



Se había enterado del embarazo justo después del anillo, dos semanas después, pero ya era tarde. Quiso contarle, pero él no atendió el teléfono. Le había dicho que esa noche salía, frase para comunicarle de manera explícita que iba a tener sexo con alguien más. Ella trató de advertirle que era importante, que tenían que hablar sin demora, pero él no supo entenderla o no quiso. Y desde ahí en adelante todo lo que se habían profesado a lo largo de esos felices años, toda esa honestidad brutal y amorosa, toda esa complicidad que los había elevado por encima de la estupidez diaria, se desvaneció. Un “no” dicho en el momento equivocado puede cambiar para siempre una vida o, en este caso, varias: la de ella, su marido, su bebé y su amante. Él nunca la habría abandonado de haber sabido que estaba embarazada, pero ella no precisaba que la quisieran de esa manera. Ella quería que el amor se diera solo y volviera solo, que la amaran para siempre, con o sin panza.

Martina se alegró muchísimo de que ni su hijo ni su hija estuvieran en el avión, pero pensó que ojalá hubiera tenido tiempo de decirle a Pedro quién era su padre biológico y aclararle que sí, que igual había sido fruto del amor.

3

Un pozo de aire la alejó de sus reflexiones. La nave volvía a subir. Miró hacia adelante y no encontró ningún cambio. Su marido parecía una estatua embutida en un bosque de piedra. Se ladeó un poco hacia la derecha y alcanzó a ver

ese perfil voluptuoso con el que había despertado durante tantos años, ese perfil que a veces roncaba y otras murmuraba incoherencias nocturnas, pero, pasara lo que pasara, a la mañana siguiente no recordaba nada. Un perfil amnésico que le había dado tantas alegrías como tristezas. No pudo ver si tenía los ojos abiertos, pero, con el movimiento del avión, que estuviera dormido le parecía imposible. Su marido no iba a tomar la iniciativa de cuidarla, no iba a haber abrazos y llantos, manos entrelazadas y lamentos por los hijos en común. No habría palabras tontas de consuelo —“al menos moriremos juntos, mi amor”—. Por otra parte, él nunca le decía “mi amor”. A sus hijos les decía que los quería, a ella también. El amor parecía cosa de otra gente. Le costaba admitirlo, pero eso era algo que le dolía en lo más profundo, que le picaneaba el corazón. ¿Cómo se pueden pasar veinticinco años sin escuchar un “te amo” de la boca de quien uno ama? Ella les decía a sus hijos que los amaba, ellos se lo decían a ella y eso tenía que ser suficiente. Pero no. Había cosas que no se podían racionalizar.

Vino otro pozo de aire, un quejido que se iba agudizando, que llenaba de indicios la altura. A su alrededor todos estaban asustados. Las caras llenas de arrugas, las manos tomadas, pequeños gritos que se escuchaban desde los asientos del fondo. La cola del avión que se movía con más fuerza. Y entonces también sus pensamientos.



4

Se acordó de que el día que conoció a su amante también estuvo cara a cara con la muerte. Fue en un barco que viajaba de Montevideo a Buenos Aires. Un barco nocturno que nunca debería haber salido por la sudestada, pero lo hizo. Los perfumes y el alcohol volaban de los estantes del *free shop* y la gente se arrastraba por el suelo, vomitando la alfombra y los asientos. Ella viajaba sola. Musculosa negra escotada, pollera de jean y el pelo rubio suelto, lleno de pánico. Tanto pánico tenía, que una pareja la invitó a compartir asiento. Ellos decían que era para ayudarla a calmarse, ella pensaba que ellos no querían dejarla morir sola. El viaje duró trece horas en lugar de tres y todo el tiempo estuvo segura de que iban a terminar en el fondo del agua, pero llegaron a Buenos Aires y, asustada como había desembarcado, continuó con su vida.

Medio año después, caminando por un predio tanguero montado como festival de la ciudad, un hombre se acercó y le preguntó: “¿Vos estuviste en el barco que casi se hundió?”. Ella no podía creerlo, otro sobreviviente, se le llenó el corazón de alegría. Y después lo escuchó decir: “Estaba con mi novia, pero no podía sacarte los ojos de encima. Esa musculosa negra, tu pelo revuelto... tu cara de miedo que tenía tantas ganas de besar”. Eso dijo y ella se ruborizó. Llevaba diez años casada, tenía una hija de cinco, y, de pronto, su respiración parecía la de la noche del barco. Lo miró. Más de dos metros de altura, cara honesta, una nariz levemente descentrada, pelo corto que empezaba a mostrar sus primeras canas, ojos grises, manos enormes de esas que obligan al oficio manual o al deporte. Guardavidas

en una pileta, le dijo. Y se presentó: “Soy Shmuly y llevo meses buscándote”.

No hubo que convencerla. Se dejó llevar a la casa de soltero, lo dejó usar sus trucos: el vino; la comida casera; las historias de una infancia difícil adornada con añoranza y secretos familiares; la música de su guitarra, “una de mis grandes pasiones”; el desorden ordenado de aquel que alguna vez fue *hippie* pero ya no... y se dejó besar. *Un beso de sobrevivientes*, pensó. Y a la vez el beso de un testigo que puede confirmar que sí, que eso pasó, que no estaba loca, que el barco casi se hunde y mata a todos. Ni su familia ni sus amigos le habían creído. Es verdad que tenía una imaginación exagerada, pero ¿quién agrandaría un suceso tan aterrador? No, señor, nunca se le agregan detalles a la proximidad con la muerte, como jamás se usa de excusa para faltar a un evento, por ejemplo, temas relacionados con la salud de los seres queridos. Hay reglas incluso para los que exageran o mienten. Hasta cuando las mentiras son pequeñas, casi travesuras para uno mismo. Pero ahí puso su último límite, esa tarde volvió a su casa. No dejó que la desvistiera, no dejó que le hiciera el amor. No terminaba de entender si de verdad estaba tan enamorado, “enamorado a primera vista” le había dicho más de una vez durante la comida, o si era su ego desmedido de macho, ese del que le habló con total sinceridad: “Nunca tuve una mujer como vos, en el colegio las mujeres como vos no eran para pibes como yo”. Y aunque ella no terminaba de entender el “como vos, como yo”, sí entendía que de pronto para él podía ser más una función que una persona.

Pero pasó los días sin dejar de pensar en Shmuly. Trataba de imaginarse que lo había visto en el barco, ahí, sentado



con la que hasta hace un mes y medio había sido su novia, una chica linda de zona oeste, una que llevaba las minifaldas mucho mejor que ella y, tal vez por eso, porque no tenía esas rodillas rusas que su abuela le había heredado, porque no tenía ese cuerpo bendecido por la gravedad, ese cuerpo que algunos hombres aspiran a tener de compañero de cama el resto de la vida, tal vez por todo eso la dejó, a la chica del oeste, claro. Y siguió buscándola a ella por todos lados. Hasta que de casualidad la encontró en ese predio a tan pocas cuadras de su casa, en medio de un festival de tango, en un caluroso día de enero.

Y “como vos, como yo” la llamaba por teléfono todos los días. Le decía así, sin preámbulos, que la amaba. Y ella escuchaba esa palabra y se volvía un poco loca, se acordaba de sus manos y su cuerpo reclamaba que hiciera algo. Entonces se animó y fue a visitarlo a la pileta de Platense, el club sobre General Paz, en el barrio de Florida. Cruzó el patio transpirada por el calor de enero. Sí, estaba empapada cuando llegó a la pileta y con un único gesto aceptó. Aceptó ser una de esas mujeres. *Una de esas que no te prestaban atención en el colegio, pero que hoy está enamorada a primera vista.* Shmuly dejó su puesto, le pidió a un amigo que lo cubriera y se la llevó a casa.

Y tal vez si la cama no hubiera sido tan cómoda. Tal vez si durante esos años no hubieran tenido esa sensación de vidas pasadas, de lo atávico, de lo ineludible, de lo que está destinado a repetirse, tal vez entonces no se habrían amado como se amaron, no habrían engendrado a Pedro y ella no habría pasado el tiempo después de la ruptura, casi dos años completos, tirada en la cama y queriendo morirse. Pero ahí estaba su hijo, el hijo de los dos. Y ella seguía viendo a Shmuly todos los días en él.

Un brusco giro hacia la derecha. El avión flotaba por encima del Atlántico. A quince años de haber conocido a Shmuly, a trece de haber dejado de verlo, a veinticinco de convivir con su esposo que seguía decidido a no darse vuelta ni tenderle una mano.

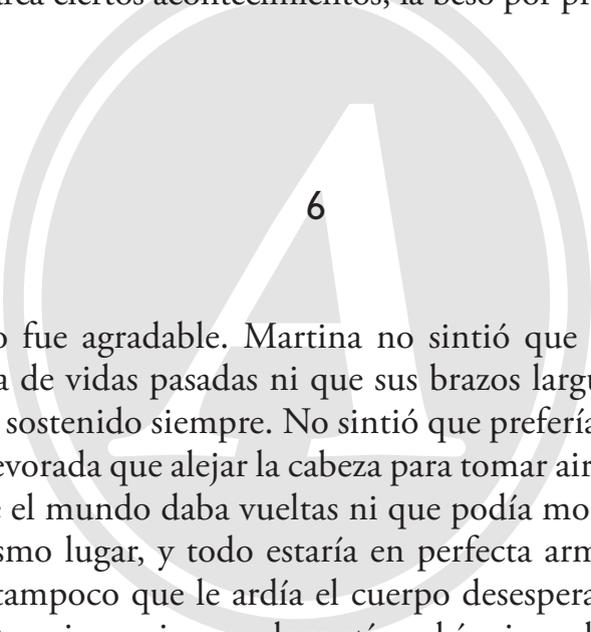
5

A su marido lo había conocido en un ambiente menos dramático, aunque no faltó de complicaciones. Había sido su analista, un analista al que había acudido en un muy mal momento. Un año en el que pensó en suicidarse, pero no lo hizo. En lugar de eso se metió en la cama y no salió por casi diez meses. Su mejor amiga y su madre le llevaban comida y trataban de animarla, pero ella había perdido las ganas de vivir. Su padre llevaba seis años muerto y Martina tenía tendencia a la depresión. Su cuerpo se dejaba caer fácil sobre las sábanas, tan fácil para dormir como para hacer el amor, y cada tanto le sobrevenían unos terribles ataques maníacos. Era en esos momentos en los que perdía el control. Al final había entendido que le quedaban dos posibilidades: o se quedaba en cama o se arrepentía. Había hecho de todo, le habían hecho de todo. A veces al aire libre, a veces en casas desconocidas, a veces de a dos o de a tres, una vez incluso estuvo con cuatro hombres a la vez. No recordaba mucho la noche, pero sí la mañana en la que triste y arrepentida había llamado al único que conocía de ese grupo para preguntarle



por qué, por qué había permitido que sus amigos hicieran eso con ella. Ella estaba bajo los efectos de los tragos que habían tomado juntos y de los que se había tomado sola para envalentonarse y salir. Su amigo la conocía ¿o no? ¿Le había parecido bien compartirla con tres tipos más? Su amigo se disculpó, pero ya era tarde. Ella no se cuidaba, entonces los que la rodeaban tampoco. Así de sencillo. Imaginó, no sin buen fundamento, que tenía cierta adicción al sexo. No podía pasar una noche afuera y volver a casa, en ese entonces un único ambiente a seis cuadras de la de su madre, sin haber tenido un encuentro físico de algún tipo. Autos, baños, cuadras oscuras, bares, universidades, clubes, casas de amigos, casas de desconocidos, plazas, cines, teatros y, su lugar menos preferido de todos, hospitales. A veces, mientras acompañaba a Dana, su mejor amiga, a hacerse los chequeos mensuales en el Hospital Italiano, aprovechaba para dar una vuelta y ver con quién se encontraba. Así que sus encuentros no eran solo nocturnos, bastaba con salir de su casa para terminar en brazos, a upa, de espaldas, arrodillada, en cuatro o tirada en el piso con quien fuera. Y así, la única solución era no salir. Y nunca contarle, nunca. Si no lo contaba podía haberlo imaginado, podía ser culpable de tener una imaginación vívida y eso la hacía atractiva, digna, intrigante. La realidad era todo lo contrario: un calvario de encuentros concatenados que la hacían sentirse mal. Era más fácil pensar que era una chica joven e independiente que quería experimentar, en lugar de verse por lo que era: una mujer que, por alguna razón, encontraba placer en entregarse a esas situaciones. La vergüenza era todo lo que le quedaba. Eso y un cuerpo de veintidós años usado, gastado, cada vez más descolorido.

Pero eligió bien a su analista, *tal vez demasiado bien*, pensaba mientras sentía la indignación de quien está a punto de morir sola. Él la había ayudado a liberarse de esa conducta, a reconducir sus impulsos, a vivir una vida menos desesperada. Después de un año de tratamiento, para los dos era más que obvio: estaban a punto de romper el trato profesional. Él la refirió a un colega y se presentó en su monoambiente, más resignado que alegre. Así, con esa cara de destino que marca ciertos acontecimientos, la besó por primera vez.



6

El beso fue agradable. Martina no sintió que recordaba su boca de vidas pasadas ni que sus brazos larguísimos la habían sostenido siempre. No sintió que prefería ahogarse y ser devorada que alejar la cabeza para tomar aire. No sintió que el mundo daba vueltas ni que podía morir ahí, en ese mismo lugar, y todo estaría en perfecta armonía. No sintió tampoco que le ardía el cuerpo desesperado por el contacto, ni que si no se desvestían ahí mismo la vida iba a perder parte de su belleza, sintió tranquilidad. Una paz que hasta ese momento ni siquiera sabía que necesitaba. Y esa tranquilidad, esa ola de playa mansa, esa vibración cálida de movimiento controlado, hizo que su corazón bombeara más lento y sus órganos descansaran. El beso que le dio Leo fue un sedante. Le lanzó un dardo tranquilizador a la cabeza y sus pensamientos dejaron de correr. Ese animal feroz que había llevado dentro por tanto tiempo



quedó quieto y dentro de una jaula. Nada de lo que sentía parecía estar asociado a lo romántico, pero por qué no. Tal vez lo romántico era justamente eso: una costa sin viento y sin animales feroces en donde se puede descansar de la velocidad de las cosas.

Martina pensó que había encontrado un mojón. Que ahí, en la puerta de su departamento, un hombre que conocía sus secretos más oscuros la sostenía fuerte de la cintura para contenerla. Cerró los ojos y dejó de pensar. Por un segundo hasta el avión pareció contagiarse de su recuerdo, pero pronto volvió a sacudirse con la fuerza de mil demonios. De sus propios demonios, esos que nunca había logrado acallar del todo y que ahora, ante el gran acontecimiento, regresaban con toda su furia.

7

Los padres de Martina, Analía y Otto, se habían casado jóvenes y muy enamorados. Analía se había ido con Otto para escaparse de su propio padre, Álvaro, un hombre que tenía un fanatismo desmedido por la historia nazi. Su casa estaba repleta de libros sobre la Segunda Guerra Mundial y eso era casi todo lo que Álvaro leía. Podría haberse comprendido como mera materia de estudio, pero la realidad mostraba otra cosa.

Álvaro estaba obsesionado. Se detenía semanas enteras en capítulos de libros que exploraban el tema de la perfección aria. Analía le tenía miedo, pero no era solo por sus

lecturas. Algunas madrugadas se había despertado con su padre mirándola ahí nomás, sentadito en la cama. Al principio pensó que era todo un sueño, después intentó creer que era una manera dulce de despertar a su hija, casi por último tuvo miedo de que su padre fuera uno de esos monstruos que sienten por sus niñas cosas que no deberían. Pero no, resultó ser otro tipo de monstruo. Álvaro la medía. Era eso lo que hacía mientras ella estaba inconsciente por el sueño de la juventud. Tomaba medidas de su cabeza, su quijada, su nariz. Observaba la distancia entre un ojo y el otro. Tomaba nota de las medidas de su hija y las anotaba en un diario viejo que luego ocultaba en su cuarto. Analía quiso hablarlo con Malena, su madre, pero no había manera. Su madre sabía con quién se había casado. Entonces Analía sintió que no le quedaba tiempo. No había tiempo si quería salir de esa casa de locos y no arruinarse la vida. Terminó el bachillerato, armó una valija con un poco de ropa y algunos libros, y huyó a la Capital. Hasta entonces vivía en Mar del Plata. En el barrio de Varese, justo sobre la costa. Había crecido junto al mar y sabía que iba a extrañarlo más que a su familia, pero siempre habría tiempo de volver. *Las ciudades no nos abandonan. Están dentro de nosotros como los sonidos del agua dentro de los caracoles*, pensó para tranquilizarse. Algún día volvería con su propia familia a vivir sobre la playa. Ahora, era momento de alejarse de ese loquero.

Y hubo suerte o como sea que cada uno quiera llamarlo. Ni bien se subió al micro para escapar, ni bien se sentó en el asiento y sacó el sándwich de queso y fiambrito que había envuelto entre dos servilletas, levantó la vista y se encontró con los ojos de su compañero de asiento, que justo estaba guardando un bolso de gimnasia bajo sus pies. Otto era un



chico de estatura mediana, sólido, de pelo cortado al ras. Tenía ojos muy pequeños y una barba cuidada. Andaba cerca de los veinticinco, pensó, y tenía una energía relajada que contrastaba mucho con la de su propia casa. Volvió a mirar el bolso de gimnasia, lo miró para tener algún indicio extra. Quiso adivinar de qué trabajaba, pero no pudo. Sus manos no tenían ningún rasgo distintivo. Sí veía que era musculoso, o al menos más musculoso que los hombres que se dedicaban a trabajos mentales. Pero eso resultó ser una equivocada primera impresión. Otto solo era musculoso porque corría y hacía abdominales en la rambla para mantener su cabeza limpia y no perder de vista su objetivo. Pasarían pocos meses hasta que todo ese cuerpo que había visto así de armado quedara sustituido por las marcas del esqueleto anterior. Otto tenía dos trabajos, era croupier en el casino y trabajaba en el puerto haciendo comida para los marineros. Les armaba bandejas por buenos precios y así ahorrraba. Estaba decidido, iba a irse a estudiar a Buenos Aires. Quería ser cocinero profesional. Había juntado lo suficiente para alquilar un departamento de un cuarto. Había estado ahorrando desde los catorce años. Miró a la chica de al lado y ya no pudo dejar de mirarla.

Esa era la historia que les contaba Analía a Martina y a Dana cada vez que las escuchaba desilusionadas por sus desengaños de adolescencia. “Nunca se sabe dónde va a aparecer el amor, a veces llega cuando estás a punto de comerte un sándwich de queso y fiambrito”. Y reía.

Martina se acordaba de que, la primera vez que había salido a almorzar con Leo, él había armado un pícnic para llevar al río. En el momento de desenvolver los sándwiches y deshacerse del papel aluminio, Martina había quedado sorprendida al descubrir que entre los panes había ni más

ni menos que fiambrito con queso. Al principio pensó que era una señal del universo, que tenían que estar juntos de por vida. Pero, segundos después, recordó que lo había contado en una sesión. Mientras hablaba del amor y su madre había hablado también de la famosa frase sobre el sándwich. Entonces no supo qué hacer. Estuvo a punto de decirle que eso era jugar sucio, que no podía usar lo que había conocido de ella “vía diván”, pero no se animó. Y, por otro lado, ¿por qué era esencialmente malo que él usara las cosas que sabía para tratar de hacerla feliz o enamorarla? Entonces, ese día en el río, Martina aceptó jugar el juego. Jugar el juego y esperar a que el amor surgiera. No había nada de malo en ser la amada y mucho menos en no experimentar una sensación explosiva. Para sensaciones explosivas habían estado sus excesos de primera juventud.

